

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE, 1947

## SUMARIO

*E. M. FORSTER*: MI PROPIO CENTENARIO  
¶ *CARLOS VICUÑA*: EL AMIGO MIGUEL  
DE CERVANTES ¶ *GONZALEZ VERA*: VUE-  
LAPOCO Y OTROS ¶ *LEON S. PEREZ*:  
MENSAJE A LOS JOVENES POETAS ¶  
*LEOPOLDO HURTADO*: PARTIDA PARA LAS  
ISLAS ¶ *JUAN ANDRADE*: APUNTES SO-  
BRE EL HAMBRE DEL PRESO ¶ *LI-FU-JEN*:  
EL VATICANO EN LA POLITICA MUNDIAL.

---

SANTIAGO 42 DE CHILE

**D**esde 1944 nos hemos resistido a subir el precio de nuestra revista, no obstante las mejoras introducidas en ella y las sucesivas alzas que han sufrido tanto el papel como la impresión.

En los cuatro años el número de nuestros lectores y suscriptores ha aumentado varias veces. Sin embargo apenas obtuvimos lo justo para pagar la imprenta. Con la última alza llegamos al déficit. Nos pareció que después de haber cumplido con los suscriptores y avisadores debíamos poner término a nuestro ensayo.

En escala modesta quedaba probado que un pequeño grupo de escritores sin ninguna ayuda oficial, podía mantener una publicación escrita e impresa con cierto cuidado, siempre que cada uno tuviera la humildad necesaria para realizar toda la faena: escribir, traducir, buscar suscripciones y avisos, corregir las pruebas, hacer los sobres para el despacho de la revista, atender la correspondencia, etcétera. Además, gracias al contacto directo con los suscriptores debimos convencernos de que la revista les interesaba de veras. Así, antes de suspenderla quisimos consultar a veinte o más de ellos. Ninguno admitió la posibilidad de que dejáramos de publicarla. Nos sugirieron que le fijásemos un nuevo precio compatible con su mantenimiento. Varios fueron lo bastante generosos como para costear de inmediato suscripciones en favor de bibliotecas públicas y amigos de provincia. Esto nos hace creer que no será distinta la opinión del resto de nuestros lectores.

En tal confianza nos permitimos anunciar que a partir de 1948 la suscripción costará \$ 80 al año y el número suelto, \$ 20.

EL GERENTE

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL  
CONCEDEMOS CRÉDITOS  
CONSULTE CONDICIONES

### LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813  
Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

### LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166  
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

### LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 23698  
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

### LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y  
AMERICANAS EN GENERAL

### LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES  
CHILENAS AGOTADAS

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Apartado 111 Caracas

ACEPTA REPRESENTACIONES  
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile. Alameda B. O'Higgins N.º 1058.  
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

ANABALON S., Carlos, <i>Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno. 2 gruesas volúmenes.</i> .....\$ 400.-	GONZALEZ, Angel Custodio <i>Del Amor Cautivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita.</i> .....\$ 35.-
DOMEYKO, Ignacio, <i>Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera)..</i> 60.-	JESCHKE, Hans <i>La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra...</i> 50.-
GAETE B., Alfredo, y otros <i>La Seguridad Social.</i> ..... 40.-	MARSHALL, Enrique <i>La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos.</i> ..... 160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

## Mauricio Amster

*diseños tipográficos para publicaciones*

*y propaganda*

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

## B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. . . . .	\$ 10 mlch.
Suscripción a 6 números. . . . .	\$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. . . . .	0,35 u/s.
Suscripción a 6 números. . . . .	2,00 u/s.

*Toda la correspondencia de BABEL debe  
dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.  
Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster*

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,  
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

# Viajar

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE  
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

*La Línea Aérea Nacional* mantiene un  
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y  
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a  
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

# Optica ROTTER

CASILLA 72

AHUMADA 268 — SANTIAGO

## Cuestan menos

*Estas obras del famoso escritor húngaro no tienen competidores  
en precio ni en calidad.*

**PRIMAVERA MORTAL.**—ZILAHY LAJOS.—La primera novela que despertó en Chile el  
interés por el notable novelista húngaro. Volumen rojo de Biblioteca Zig-Zag. \$ 10.-

**EL DESERTOR.**—ZILAHY LAJOS.—Novela que ha tomado sus elementos del caos y del  
dolor de la penúltima guerra. Volumen doble de la Serie Roja de Biblioteca Zig-Zag.  
\$ 15.-

**DOS PRISIONEROS.**—ZILAHY LAJOS.—Es una novela recia en la que se entrelazan el  
amor y la guerra agitando existencias de carácter personalísimo. Un volumen de  
Biblioteca de Novelistas. \$ 50.-

**ALGO SE LLEVA EL RIO.**—ZILAHY LAJOS.—Novela corta, intensamente vivida. Pa-  
siones, instintos y tendencias serpentean por oscuros caminos en el destino de los seres  
que el autor ambienta en los ribazos de un río enorme. \$ 40.- De lujo, \$ 70.-

**LA CIUDAD ERRANTE.**—ZILAHY LAJOS.—El peregrinaje dolorido de familias arrojadas  
de sus hogares y desposeídas de sus bienes que se ven obligadas por la presión de la  
guerra a vivir en vagones, arrastrando todas las miserias de una vida errante. \$ 50.-  
De lujo, 80.-

**TAMBIEN EL ALMA SE EXTINGUE.**—ZILAHY LAJOS.—El problema de la adaptación  
humana a ambientes nuevos y totalmente diferentes, se aborda en este libro con la  
maestría y sensibilidad reconocidas en su autor. \$ 50.-

DESPACHAMOS DE INMEDIATO CONTRA REEMBOLSO AL INTERIOR, SIN GASTOS  
DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR. — EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.  
CASILLA 84-D. SANTIAGO DE CHILE

\$ 18.-

EN PRIMERA CLASE Y

\$ 9.-

EN TERCERA CLASE

*Nuevos boletos rebaja-  
dos hasta el 30 de No-  
viembre de Santiago a*

LLO-LLEO, SAN ANTONIO  
y CARTAGENA

*Mayores datos en las Estaciones y Oficinas de Informaciones  
de los*

**F**ERROCARRILES DEL **E**STADO

BOLETOS FIN DE SEMANA  
SANTIAGO - PTO. VARAS

\$ 1.530.-

*Pasajes y 4 días en el  
lujoso hotel de Puerto Va-  
ras, todo incluido, incluso  
propinas.*

## Colaboradores

E. M. FORSTER.— Considerado por muchos críticos como el más notable novelista inglés contemporáneo. Ha publicado entre otros libros: *A Room With a View*, *Howards End*, *A Passage to India*; varios volúmenes de cuentos y dos de ensayos: *Aspects of the Novel* y *Abinger Harvest*. De este último tomamos las páginas que aparecen en el presente número. E. M. Forster preside actualmente el Pen Club Internacional.

CARLOS VICUÑA.— Humanista chileno, autor de una voluminosa *Historia de la tiranía en Chile*. Véase en el número 3 de BABEL su «Semblanza de un maestro» y en el número 28 su artículo titulado: «El año veinte». El ensayo que publicamos en este número está dedicado a su hijo José Miguel Vicuña. En la primera línea de la página 244 léase 1547 en vez de 1647.

GONZÁLEZ VERA.— «Vuelapoco y otros», pertenece a la serie de recuerdos personales del autor, que comienzan en el número 28 con «Estudiantes del año veinte» y siguen con: «Mis relaciones con la religión» (N.º 35); «En el Club de Septiembre» (N.º 38); «Aprendiz de barbero» (N.º 39); y «Cuando era muchacho...» (N.º 40).

LEÓN S. PÉREZ.— Joven poeta argentino que colabora por vez primera en nuestras páginas. Prepara en estos momentos su primer libro «La ciudad de los dioses de rodillas». Ha publicado algunos ensayos bibliográficos en la revista «Davar» de Buenos Aires.

LEOPOLDO HURTADO.— Antiguo colaborador de BABEL que dentro de poco será por segunda vez nuestro huésped, invitado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile. Hurtado es autor del libro *Espacio y tiempo en el arte actual*, que acaba de alcanzar una segunda edición en la Editorial Losada.

JUAN ANDRADE.— Luchador político español, uno de los compañeros de Andrés Bón. Ha publicado en Madrid, donde fué colaborador de la revista «Leviatán» una obra muy documentada sobre la burocracia en el movimiento obrero y numerosos folletos de propaganda socialista. Después de algunos años de prisión en Francia, reside actualmente en París. Los «apuntes» que nos ha hecho llegar desde allí pertenecen a un libro en preparación.

LI-FU-JEN.— Líder obrero chino que colabora regularmente en la revista *Fourth International* de Nueva York, de cuyas páginas hemos tomado el estudio que insertamos en este número.

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NUMERO 42 VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

LA FAMA: OTRA  
FORMA DE DESGRACIA PATRO-  
CINADA POR ALGUNOS *SNOBS*  
QUE APENAS SABEN LEER.

D. H. LAWRENCE.

E. M. Forster

## MI PROPIO CENTENARIO

---

(DE «THE TIMES» AÑO 2027)

CIEN AÑOS se cumplen hoy de la muerte de Forster; celebramos su centenario a pocos meses del bicentenario de Beethoven y a pocas semanas del de Blake. ¿Qué particular homenaje podemos tributarle? No es fácil responder a esta pregunta, y si aun viviera Forster, diría de seguro: «Mi obra es mi mejor monumento». Es la respuesta que corresponde a un gran artista. Consciente de su excelsa misión y dotado del divino don del estilo, Forster puede descansar satisfecho, está en paz, doblemente en paz. Pero nosotros, que no somos grandes artistas, sino los meros beneficiarios de su munificencia, ¿qué podemos decir de Forster? ¿Qué podemos decir que no se haya dicho ya sobre Beethoven, sobre Blake? ¿Qué otra cosa podemos decir? Tal vez el deán de Dulborough acertó con la nota más a propósito en el sermón que pronunció el domingo pasado en la catedral de su pertenencia. Tomando como punto de partida el profundo verso del *Eclesiastés*: «Alabemos ahora a los hombres famosos» lo analizó palabra por palabra y al llegar a la última se detuvo y elevando pausadamente la voz dijo: «Aquel cuyo centenario celebraremos el jueves próximo es famoso, ¿por qué?» Ninguna respuesta era necesaria, ninguna llegó. La excelsa nave gótica, los grandes vitrales que miran al poniente, la silenciosa congregación, fueron suficiente respuesta y volviendo a la palabra penúltima, «hombres», el deán explayóse acerca de la característica quizá más misteriosa del genio, su tendencia a aparecer entre los miembros de la raza humana... ¿Por qué ocurre eso? ¿Por qué si así sucede no viene acompañado de algún signo externo que permita identificarlo fácilmente? Tales preguntas no pueden formularse a la ligera. Sin duda los contemporáneos de Forster no reconocieron su grandeza. Metidos en sus propios pequeños asuntos, no lo tomaron en cuenta o lo olvidaron o confundieron o, lo que es más rudo aún, lo trataron como si fuera su igual. Su ceguera puede hacernos sonreír; pero a Forster no debió parecerle asunto de risa, debió sufrir mucho con ello y apenas si habría podido

producir obra maestra tras obra maestra, de no estar seguro del veredicto de la posteridad.

Sir Vincent Edwards expresó en su transmisión de anoche tal veredicto en forma decisiva y tuvo el acierto de agregar a la única cita empleada en su ministerio por el deán de Dulborough muchísimas otras. El punto que acentuó apropiadamente fué la gran altura de miras de nuestro escritor. Dijo: «Imposible recordar una sola frase de Forster exenta de elevación» y dedujo de ello un ejemplo aleccionador para los sedicentes literatos de hoy. Desde luego, como Jefe activo del Ministerio de Obras Públicas, Sir Vincent ha estado en continuo contacto con la nueva generación y, con esa maestría que lo caracteriza, mostróse benévolo con el individualismo que ésta ha puesto de moda, individualismo que viene a ser la antítesis del verdadero genio. La nueva generación confunde el cinismo con la liberalidad; la frivolidad con la felicidad; errores que no ha cometido jamás Forster, pues nunca se permitió estar contento antes de conquistar el derecho a la alegría y sólo criticó las instituciones religiosas y sociales de su tiempo porque se habían corrompido notoriamente. Sabemos lo que fué el siglo décimonono. Conocemos a los hombres que gobernaban bajo Jorge V. Sabemos cómo era el Estado, cómo eran las iglesias. Tan difícil resulta imaginar a Beethoven convertido en consejero áulico o a Blake hecho Arzobispo, como a este ardoroso y fino espíritu aceptar las condiciones esterilizantes de su tiempo. Luchó como luchan todos los grandes por una Nueva Jerusalén, un Estado vital, una Iglesia pura; y el tributo de Dulborough, el domingo pasado, así como el éxito de Sir Vincent para conseguir voluntarios para su Ministerio, demuestran que Forster no trabajó en vano.

La ceremonia oficial tendrá lugar esta mañana. Por la tarde, Lady Turton inaugurará la estatua, obra de Mr. Boston Jack, en los jardines de Kensington. Así tendremos otro aspecto de nuestro héroe nacional: su amor a los niños. La intención original de Mr. Boston había sido representarlo persiguiendo un ideal. Pero como los jardines son frecuentados principalmente por la gente menuda y sus solícitos guardianes, se pensó que algo más fantástico estaría más en su lugar, y el ideal fué substituído por una mariposa. En verdad, el cambio fué para mejor. No podemos, desde luego, tener demasiados ideales. Y menos a tan temprana edad. Por otra parte, como la mariposa no queda al alcance de la mano,

sino en un alto alambre, no hay peligro de que se la tome por una especie inencontrable y sirva de incentivo a los coleccionistas en ciernes.

Lady Turton añadirá a sus palabras un llamado a favor de la Cadena Imperial de Margaritas, cuya vicepresidencia efectiva ejerce, y simultáneamente se hará en honor de Forster una colecta de banderines a través de todas las provincias. Dulborough, el Ministerio de Obras Públicas, la ceremonia oficial, los jardines de Kensington. ¿Qué más podía ofrendársele? No es poco y, sin embargo, no es bastante para recordar la herencia de Forster al público y definir la esencia misma de sus obras inmortales. Pero ¿en qué consiste esa esencia? ¿Es necesario decirlo? No es su grandeza — ellas son evidentemente grandes—; no es su profundidad por todos reconocida; es algo más precioso aún: es su excelsitud. Se trata de obras nobles, noblemente concebidas, noblemente realizadas, más nobles aun que la *Novena Sinfonía* y que los *Cantos de Inocencia*. No es pequeño elogio este y con todo debe serle prodigado a Forster, porque nos hallamos en presencia del genio más excelso ante el que no cabe medir o escatimar las palabras sino más bien poner de relieve cuanto está implícito en lo que llevamos dicho. Como Beethoven, o mejor dicho, como Blake, Forster fué esencialmente inglés y al celebrarlo celebramos de nuevo lo que hay de mejor y de más perdurable en nosotros.

*Traducción de Catiucha.*



## MI AMIGO MIGUEL DE CERVANTES

TAL VEZ el 29 de Septiembre de 1647 nació Cervantes de unos hidalgos pobres de Alcalá de Henares y peregrinó casi setenta años por tierras y por mares, con un corazón florecido y una mente espontáneamente clara y penetrante. Cuando uno lo ha frecuentado en sus libros vivaces y en sus versos desabridos, siente que tiene en él un amigo, de esos amigos santos, francos y leales, que valen más que el oro y que la mirra.

Un verdadero amigo es un ser transparente, siempre igual y siempre decidido, a quien uno encuentra cada vez que lo busca y muchas veces aunque no se haya acordado de buscarlo. El buen amigo es más viejo que uno, y más sabio, y más rico, y más generoso y más tranquilo. Lo conmueven nuestras penas y dolores, lo exaltan nuestras alegrías, pero no lo ofuscan nuestras pasiones ni nuestros descalabros. Un amigo, un grande amigo, es a menudo el padre, y raras veces el hijo. Porque el verdadero amigo siempre da, y sobre todo, sabe dar el manantial perenne y refrescante del afecto o prestar la adarga invulnerable y protectora del consejo.

En los libros de Cervantes hallamos ambas cosas: piedad, bondad, amor, fraternidad entrañable, y también advertencias sagaces y claras, que parecen alumbrarnos el camino y escudriñar las almas de los trajinantes con que nos topamos peregrinando.

Es un hombre sencillo, que se ríe de la pedantería y de los sabios, de la lengua altisonante y de las fantasías descomunales; pero que tiene, como su hijo Alonso Quijano, fe en el amor y en la justicia, y un hábito tremendo de lealtad y de bravura. Combate a los malandrines hasta más allá de sus fuerzas, no porque lo engañen las circunstancias y mirajes, sino porque al buen español no deben arredrarlo la muerte ni el fracaso. En las galeras de Lepanto o en el baño de Argel, en la toma de La Goleta o en los estrados tortuosos de Toledo, o frente a la espada desnuda de don Gaspar de Ezpeleta, es siempre el mismo varón sencillo e impertérrito.

Había en Cervantes una sagacidad benigna. Su genio le permitía penetrar al fondo de las almas, y contar regocijado los ardidés de los pícaros. El perro Berganza, que es también

hijo suyo, como don Quijote y como Tomás Rodaja, sabe más de hospitales y de buscavidas que un confesor de beatas; pero esa sabiduría no lo hace maligno, no le pervierte el corazón ni lo desmoraliza. Es porque Berganza, como don Quijote, como Tomás Rodaja, es hijo legítimo de un hombre admirable, benigno y fuerte, que sabe vencer a los malandrines y dominar la desgracia, y que sabe también que el amor es la primera ley del mundo y la lealtad la segunda.

No es el suyo tampoco un amor ensimismado y sin ternura, sino una emoción generosa y constante, comunicativa y llena de humildad. Cervantes vive entusiasmado, dándose siempre con un fervor incansable, y sólo se ríe con ganas de la hinchazón de los gestos y palabras. Felipe II no escapa a sus sarcasmos, como don Belianís o Maese Nicolás. Penetra a los seres hinchados, tanto a los que rodaron en carne y hueso por la vida, como a aquellos otros de su fantasía, a los que él prestó tanta carne y tantos huesos, que parecen todavía perdurar y rodar tierras por todos los rincones de Castilla y por todos los ámbitos de esta hija mayor de Castilla que es la América nuestra. Su cura, su barbero, su fregona Maritornes, su bella Galatea, su Rocinante, su bachiller Sansón Carrasco, su gitanilla, su fiel escudero Sancho Panza, su celoso extremeño, pululan entre nosotros como una muchedumbre colecticia y diversa, cargada por dentro con el mundo de sus pasiones y la gloria de sus palabras.

Todos ellos hablan bien, con razones comedidas y sensatas, y en esa lengua suya musical y digna. Muchos son campesinos o labriegos, artesanos o posaderos, soldados o pícaros, pero todos, hasta los perros, son caballeros bien hablados y leales. La pasión los altera y los lleva muchas veces al atropello o al delito, pero ninguno es un perverso, un degenerado, un monstruo patológico. Sus locos mismos tienen una locura noble, llena de santidad y de heroísmo. Don Quijote busca la justicia, el Licenciado Vidriera busca la verdad, los demás buscan el amor y no pocos la gloria.

De todos los héroes de Cervantes, don Quijote es sin duda el más hondo. Su locura empieza dulcemente, a los cincuenta años, por un exceso de lecturas disparatadas, hechas de claro en claro y de turbio en turbio. Como tiene el corazón heroico y ha vivido una vida pacífica, se siente conmovido por las hazañas de los caballeros de la leyenda, exaltado de amor como ellos y ansioso de justicia. El mundo real no permite ordinariamente el heroísmo deslumbrante. Cada cual

en su casa es un héroe mínimo, pero las ocasiones del heroísmo trascendental son escasas. Príncipes, paladines y señores, o son poltrones o no tienen ocasión de lucirse. Cualquiera puede morir peleando, pero la muerte es generalmente una cosa obscura y triste, a menudo penosa y mal oliente, que sólo la fantasía puede engrandecer y dignificar. Son muy pocos los que, como César, se cubren las piernas con un pliegue de la toga para morir dignamente, muy pocos los que, como Bayardo, tienen la oportunidad de decir en su agonía a todo un condestable de Borbón que los que mueren por su patria y por su rey no son dignos de lástima, sino los que viven y vencen traicionándolos. Los demás vivimos, penamos y morimos como las hormigas anónimas, animados por el mismo corazón de los héroes y de los santos, pero vencidos por una tragedia silenciosa y fatigosa, sin decoro y sin grandeza.

La fantasía nos redime, la fantasía nos idealiza, la fantasía transforma las posadas en castillos, a Maritornes en doncella, a Alonso Quijano, hidalgo avellanado de Argamasilla, en un caballero resplandeciente

«que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón.»

La fantasía y la poesía. Ella es la creadora, la animadora, la impulsadora, la purificadora.

Su locura purifica a don Quijote. Su viejo amor revive santificado; las armas orinecidas de sus bisabuelos van a luchar de nuevo por la justicia; la bacía de barbero será ahora yelmo de batalla, y su rocín, su pobre rocín de tiro y aradura, pasará a la leyenda como un palafren piafante, abrumado por la gloria. Hasta ese momento sagrado de la locura había sido Alonso Quijano, hidalgo de Argamasilla, tal vez un ser real, de carne y hueso, gruñón y desdentado: un hidalgo de pueblo chico, como nacen y mueren a millares cada día, pegados a la tierra, a la maledicencia y al ochavo. Vivía realmente como viven los muertos, olvidados y quietos, sin historia y sin leyenda, casi como cosas para los demás vecinos de la aldea. Ahora está loco, santamente loco, ahora saldrá de la vida real, en que todos los hombres son iguales y vulgares, y cobardes y necios, gritones y vacíos, y se agigantarán como una sombra en el día y como un resplandor por las noches. Armado caballero a la luz de la luna, sin miedo a los

fantasmas ni a las sombras, unirá también escudero, escudero inmortal, a Sancho Panza. Lo sacará del anonimato y de la cazurrería, lo apartará, como Cristo a los apóstoles, de su mujer y de sus hijos, de sus compadres y de su cura, y lo hará participar en la cruzada inmortal. Como él se agigantará su burro, así como nosotros pecadores hacemos crecer hasta la historia a los burros de nuestra época reblandecida y grandilocuente.

Sancho Panza, perdiendo por la fantasía la carne y los huesos de la vida real, sentirá sobre su cabeza maliciosa, el resplandor del heroísmo y hasta el remedo de la gloria. Será gobernador, gobernador de Baratara, como tantos y tantos que hoy día gobiernan estados y reinos con menos perspicacia y menos sal que el bellaco de Argamasilla.

Purificado ya don Quijote por su locura, se identifica con Cervantes. Soñará como él, amará como él, peleará como él, pensará como él, hablará como él una lengua numerosa y lapidaria. Se olvidará como él de comer y de beber, de pleitear y de mendigar, de curarse el reuma o de cobrar sus réditos; pero hablará, sentenciará, combatirá, enseñará y reconfortará y será el modelo eterno de la hombría y del deber. La fantasía embellecerá los campos y caminos, la esperanza fortalecerá los brazos y las piernas, la justicia hará palpar los corazones y el amor florecerá como una nueva primavera.

Cuando muere don Quijote uno siente que se va un amigo, un amigo del espíritu. Su padre y maestro don Miguel de Cervantes, ahora ya es *don Miguel* porque es ilustre, está viejo. Va a morir él mismo de muerte natural, va a echar sus huesos molidos por la jornada a la tierra anónima. Entonces este buen amigo, este grande amigo, saca a su hijo Alonso Quijano de la tumba, lo sustituye a sí mismo y lo deja vivo entre nosotros.

Vivo para enseñanza, vivo para consuelo, vivo para esperanza, vivo para ejemplo, como están siempre vivos en el recuerdo y en la conciencia, aun después de muertos según la carne, los verdaderos amigos, los verdaderos padres, los verdaderos hijos, los verdaderos héroes, los verdaderos santos.

Santiago, 16 de Septiembre de 1947.

## V U E L A P O C O Y O T R O S

## I

EN LOS pueblos cuesta no presenciar el paso del tren. A los viajeros se les ve un instante y cuando la locomotora reinicia el movimiento es igual que si hubieran muerto.

Con mi hermano Efraín solía acercarme a la vía. No tenía ojos sino para los palanqueros de los trenes de carga, que corren cual fantasmas por sobre los vagones o que, si quietos, con sus ropas voladas parecen estatuas vivas.

Un desventurado cayó en los límites del pueblo. Detúvose el tren y la línea se llenó de gente. No conseguí aproximarme pero ví a los carrilanos abrir la fosa—a la vera de la ferrovía— y sepultarlo. Luego la máquina se alejó despacio y se fué desvaneciendo.

Los vecinos hicieron una casuchita con un trozo de cinc y unas estacas. Señoras piadosas se agenciaron velas y palomatorias. Así quedó constituido el culto al palanquero muerto.

En los demás días tanto los varones como las señoras de la aldea vinieron a echar su vistazo. La esposa del guardavía vióse obligada a ser animera. Vivía cerca. A ella dejábanle dinero para que lo trocase por velas y cuidase de que una, a lo menos, estuviese encendida.

Ancianas insaciables, que con sus demasías fatigaron a los santos locales, pusieron su devoción en el ánima, tentándola con geranios blancos o velones de cera. Las que eran escuchadas con prontitud, ufanas hablaban de los santos como de infelices que nada pueden.

Dió el ánima nacimiento a una institución misericordiosa. Quien carecía de luz en su casa cogía una vela en préstamo. El animita, al parecer de los interesados, asentía.

## II

Las fiestas religiosas eran conmovedoras. La de quemar a Judas desarrollábase con lentitud y no se perdía detalle. Más asombrosa era otra que consistía en el paso de un coche cerrado. Algunos aseveraban que iba dentro el santísimo.

En torno y detrás del carruaje galopaban muchos jinetes con las cabezas envueltas en pañuelos de colores. Dejaban a su espalda una polvareda y el eco de gritos numerosos. Por ocurrir ésto con tanta rapidez, quedábame el retintín de no saber a dónde iban, por qué corrían, etcétera. Si preguntaba:

—¿Por qué corren?

— Van corriendo a Cristo — respondían.

Empero, ni antes ni después era dable ver a Cristo. Tal vez galopaban en su honor.

En el verano venían misiones. Todo el año se estaba hablando de éstas. Al asomarme a la iglesia veía sacerdotes cejudos, de origen español, que confesaban sin descanso a infinidad de fieles del pueblo y los campos inmediatos. Supe más tarde que entre estos eclesiásticos algunos comenzaban a serlo, en verdad, al abandonar la Península. Un comerciante español, radicado en Santiago, enviaba cablegramas a Madrid, diciendo: «Manden ocho vocaciones» El corresponsal madrileño elegía ocho campesinos, por su aspecto más o menos pío, entre los que debían hacer el servicio militar. Gracias a la sotana que, sin pérdida de un minuto, se echaban encima quedaban liberados de la obligación militar. Salían rumbo a Chile. Aquí los más — halagados por el respeto que rodea a los religiosos — persistían en su ministerio; otros optaban por las ventajas de la vida profana.

Las misiones entonaban el espíritu aldeano. Tal o cual trabajador enviaba su hijo al seminario. En el verano siguiente volvía el seminarista con su sotana y su tejita. Chocaba verlo en el rancho mísero alternando con sus demás hermanos, a menudo descalzos, y con su padre de ojotas. Sin embargo, a su debido tiempo, la familia era elevada por el hijo cura a un pasar menos duro.

## III

Comenzaban los actos populares el dieciocho de Septiembre. Las carreras de ensacados — participaban mozos y hombres maduros — causaban regocijo general. Cada uno saltaba y caía a su modo. Por falta de ensayo casi nadie llegaba a la meta sin costaladas.

El gran acto, no obstante, era el palo encebado. Solía tener cuatro o cinco metros de altura. Se le había quitado

la corteza para que fuese más resbaladizo. El premio, considerable, era menester cogerlo de su cima.

Iniciaban la prueba los más nerviosos. Hacíanla con ímpetu y resbalaban rápidamente. Luego seguían los cautos, que ascendían despacio, asegurando una mano y un pie para, en seguida, alzar los otros miembros. A medio palo habíanse saturado de sebo de tal modo que se desplomaban sin saberlo.

Vuelapoco esperaba el fin. Cuando nadie deseaba intentar la ascensión, el público lo buscaba.

—¿Te atreves?— preguntábale el Alcalde.

Vuelapoco con elásticos pasos llegaba al palo y empezaba a subir con rápidos y regulares movimientos, igual que si trepara a un árbol. Cogía el vestuario y la bolsa de dinero y bajaba con la livianura de un mono. Desaparecía en un santiamén. Los Vuelapoco eran tres. Los dos mayores siempre estaban fuera del pueblo, pero muy cerca. Por tal motivo la gente les dió tan curioso nombre.

Vuelapoco menor era alto, musculoso, de cabellera vuelta. Iba descalzo. En la mañana repartía leche. Desde que lo ví darle un talonazo a un trozo de vidrio, y dejarlo semimolido, no le perdía paso. Era corriente que anduviese solo, ocupado en menesteres razonables. Trabajaba en un campo de su familia. No era amistoso ni sonreía. Quise dos o tres veces hablarle y ser amigo suyo porque lo admiraba. El me hacía la más extraña morisqueta y seguía su camino sin atender mi solicitud.

Al atardecer pasaba al galope en un viejo caballo, montado hacia atrás, manejando las riendas sin verlas. Ante cada farol parábase en el lomo de su cabalgadura y encendía.

No hacía ninguna gracia por hacerla, sino como medio de llegar a lo útil. Aunque poseía todos los recursos del hombre bien desarrollado, los actos más serios los ejecutaba como si fuera niño.

Entre mi casa y la suya mediaban dos cuadras. Equidistante de ambas existía una casita de barro, de aspecto liviano, en la que vivía una muchacha baja, gordita, con unos ojazos negros, ansiosos y húmedos que podían disolver la voluntad a cualquier varón desprevenido. Vuelapoco iba y venía. Si no había ningún rondador cercano, se detenía a poca distancia de la mocita y comenzaba algo como un baile. Eran unos pasos para allá y para acá, un levantar los brazos, y vengán vueltas y contorsiones. La primera vez y en los primeros minutos me dió risa, después sentí— no podía en-

tonces comprender — que sus movimientos tenían un sentido secreto. Desde luego no había nada risible en su baile y la gracia que fluía de él cuando andaba en quehaceres, allí se daba pura. Mientras elevaba los brazos o iba haciendo dibujos con sus pies no miraba a la muchacha, tampoco lo hacía después. A veces su baile tornábase tan violento al final que casi no se advertía la carrera con que lo terminaba y se alejaba del sitio.

Si al aproximarse a la casita de barro veía de punto a un mozalbete, seguía su camino estirado como huso, pero ante la joven solitaria, simulando ignorarla se detenía y empezaba sus extraños movimientos, nunca iguales, con una seriedad que le salía de adentro. Era su declaración tal vez. Me aficioné a verlo bailar. Al divisarlo me disimulaba tras unos árboles. El fin de sus bailes era lo mejor, pues marcaba el acabamiento de su euforia y le asomaba un puntito de extravagancia. Por ejemplo: si sus últimos pasos eran amplios y rígidos así se alejaba hasta perderse calle abajo. Otras veces concluía con pasos breves y lentos y sin cambiar de ritmo desaparecía. Este final me resultaba más doliente, matiz rara vez acusado en su carácter.

Siendo adulto fuí a un teatro de la capital. El bailarín hacía con exageración y estilo lo que Vuelapoco efectuaba en el polvo, frente a la muchacha, porque le daba gana, porque sentía no se sabe qué deseos oscuros, porque nunca habló y en consecuencia ignoraba cómo expresarse.

## I V

Llovió durante el día y siguió a través de la noche. Apenas oscureció debí acostarme para estar abrigado. Mi madre y mi tía conversaban junto al brasero y tomaban mate. Estaba a punto de sumirme en el sueño cuando ambas, a coro, gritaron:

—¡Está temblando!

—¡Parece un terremoto, sigue! ¡Hay que salvar a los niños!

Me encontré en medio del barro, en el centro de la calle, descalzo, casi desnudo, solitario. La lluvia, torrencial, nada significaba ante el remezón que sentía bajo mis pies, los lampos de fuego que corrían por lo más alto del cielo y ante el coro de gritos cercanos y distantes, ante el ladrido de los perros, el mugir de las vacas y el lamento de todo lo animado.

La tiniebla levemente alterada por los fugaces resplandores del firmamento, acrecentaba el espanto de cada ser. Sentí en la mía la mano de mi madre. El terremoto se fué desintegramiento en ligeros temblores. Cada cual temía que otro estremecimiento mayor acabara con todo.

Se oyó la voz de Clorinda:

—¡Señora Santos, perdóneme! ¡Sé que la he ofendido y no querría morir con ese peso en el corazón! ¿Está por ahí?

—¡Tranquilícese!— respondió la alfarera—. No le guardo rencor.

Supe luego que doña Santos se levantó presurosa y corrió a su ollería. Una hornada estaba allí y a tientas fué metiendo sacos entre una ruma y otra, y asegurando como mejor pudo su estabilidad. Por instantes arreciaba el sacudón y quería escapar, pero cualquier olvido hacía volver a la loza y echar nuevos ganchos encima. También pensó que podía caer la muralla: en ese caso todo estaba perdido, más, si Dios no lo permitiera libraría sus ollas y fuentes. Cuando Clorinda vino a implorar su perdón, había hecho cuanto la previsión le aconsejara.

Entonces salió a la puerta y aunque le duraba el susto no pudo gritar. Clorinda, al ser perdonada, sintió gran alivio y habría callado, pero le dió no sé qué hacerlo tan de repente y siguió lamentándose en tono menor.

A pesar que no cesaban los temblores entramos en casa de doña Mariquita. Había escampado. Pronto la habitación estuvo cubierta de colchones. Al centro la lumbre del brasero daba amparo. Rudecindo tenía los brazos abiertos en actitud de sujetar la pared. Al hacerse la calma los bajó y dijo, sin darse importancia, señalando el muro:

—Esta es la muralla maestra. Teniéndola firme, Dios mediante, la pieza no se viene abajo.

Advertí que la concurrencia, sea por el silencioso terror que todavía la dominaba, sea por el agotamiento nervioso en que hallábase, le oyó como si se tratase de un acto cualquiera.

Mi madre me trajo ropa seca y pude mudarme. Los chicos nos acostamos luego en torno del fuego. Las mujeres y los hombres, dirigidos por Misiá Mariquita rezaban el rosario, trémulos. Después de algo tan pavoroso nadie era capaz de sacar fuerzas de adentro. Necesitaban asirse a un consuelo externo.

Clorinda oraba a prisa y orando salía de la sala y volvía con la tetera; evitando los colchones abría el aparador y sacaba

tazas; sin suspender la oración contó a los presentes. No cesó de rezar y moviéndose discretamente acercó al brasero cuanto utensilio necesitaría pronto. De su pecho escapábanse fuertes suspiros que, no obstante, no la perturbaron.

Otras señoras alejábanse por unos minutos y tornaron con queso, charqui y panes. Presto Clorinda sirvió café con leche. Comimos con apetito y, Rudecindo en particular, que debía restaurar sus fuerzas puestas ha poco a contribución. Mascando largó esta sentencia:

— Agosto ya no será el mes de las pulmonías; en adelante será también el mes de los temblores.

Alelada la gente no hizo comentarios, y nos fuimos durmiendo. A ratos despertaba y veía rezar a los padres que habían cobrado aire de niños. Sus rostros expresaban el más tremendo desvalimiento.

Alguien golpeó.

Era un guardián que en medio de la oscuridad venía a informarse.

—¿Por aquí ha sucedido algo?

—Fuera del susto... nada nos ha pasado. Dios se ha apiadado de nosotros.

—Más vale así. Por allá han caído paredes, faroles y árboles. El remezón ha sido tan fuerte... La gente está en la iglesia. Quieren morir allí si el designio del Señor es que mueran.

Luego sentí que su caballo, chapoteando, se alejaba camino del río.

El coro de oraciones se alzó de nuevo.

Así nos sorprendió el día. Pasada la gran prueba nocturna los temblores al sol no causaban miedo.

Ninguna de las casas próximas sufrió daño. Cada familia retornó a la suya, sin perjuicio de reunirse en la noche a rezar con pasión, buscando la inspiración divina para vivir más santamente y evitar en lo porvenir tantas zozobras. Casi no se oían injurias y los adultos mostraban un semblante grave. El sentimiento de la vida culpable, del chismorreos y la envidia, los hacía sufrir. Querían ser otros. Se miraban hacia dentro y entreveían la posibilidad de mejorarse. Al exteriorizar el sentimiento nuevo, ternísimo, tropezaban, sentíanse inseguros.

Tuve curiosidad de ver la parte principal del pueblo y me fuí hacia la calle del Comercio. Hallé cercados y tapias derruidos; murallas peligrosamente desaplomadas y hombres

con fuertes horcones que se empeñaban en preservarlas. A dos casas se les hundió el techo. Mirando los cambios no reparé en don Carmen Soto. Caminaba seguido de varias personas. Era cincuentón, moreno, grueso, de semblante vivaz. Habitaba en la Cancha de Carreras, hacia la izquierda. Al llegar a un almacencito entró con sus acompañantes. Sentóse con la espalda hacia el muro ante una pequeña mesa. Muy poquito a poco sacó una libretita y un lapiz de tinta y los dejó junto a sí. Aumentó el número de prójimos pero se mantuvo distante y en silencio.

Don Carmen puso en la mesa un fajo de billetes. Repitió el acto metiendo su mano en las carteras del vestón. En seguida, ya con la diestra, ya con su mano izquierda, fué extrañando otros fajos del chaleco, del pantalón, de bolsillos interiores y externos. Sus manos diligentes descubrían dinero en cada incursión y en cada pliegue de su ropa. Los espectadores al ver tal prodigio mirábanle iluminados. El no cesó de hablar de lo acaecido y hablando quitaba importancia a la tarea mágica de sus manos. Cuando se aburríó de tanto afán, los montones eran tan imponentes que hubo de hacer dos altillos, semejantes a los que levantan los cajeros de banco tras las ventanillas.

—¿Usted cuánto necesita?—preguntó al más próximo.

—Creo que me alcanza con treinta pesos.

Don Carmen contaba con calma, pasaba los billetes y anotaba. Los peticionarios indicaban cifras moderadas. Al parecer las querían para costearse viajes a Santiago, Valparaíso y otras ciudades en donde tenían parentela e ignoraban qué pudo sucederle. Pasó una hora y la gente desapareció. Don Carmen fué echándose dinero en cada uno de sus infinitos bolsillos. En el trayecto acercáronse otros pedigüños. Satisfizo a cada uno.

Lo acompañé hasta la puerta de su casa. Al separarme de él y tras haber andado media cuadra reparé en que fuí la única persona que nada le pidiera. Quise suponer que le pedía pero no dí con la razón ¿para qué podía necesitar dinero?

## V

Volví a visitarlo porque era muy afable. Mientras yo hablaba él se paseaba por la habitación, deteniéndose en cada extremo y dando muestras de escucharme con interés. Es

cierto que de repente estallaba en carcajadas. Su casa era amplia. Trajinaba por ella una mujer pálida y silenciosa. El hablaba menos y salvo cuando se le producía la risa incontenible, tal vez me oía con atención. No llevo a imaginar qué pude decirle.

Los demás visitantes iniciaban su conversación sobre los asuntos más encontrados, pero con ese arte que enseña la necesidad llegaban al vocablo dinero tarde o temprano.

El hacía infinidad de preguntas acerca del campo, la vida de la gente y los sucesos. La charla desarrollada así nunca dejaba de interesar. Con prudencia procuraba llevar a su interlocutor a planos desinteresados y cuando asomaba la idea del préstamo, extraía su libretita, anotaba y empezaba a contar billetes. A los campesinos, en ese instante, les brillaban los ojos.

Tenía un hijo ya hombre que venía a verlo a las pérdidas. Era guardián en Santiago. Extrañóme que teniendo un padre tan rico y simpático trabajara en esa penosa y humilde profesión.

—Este es un mala cabeza—dijo una vez don Carmen.

El hijo bordeaba los treinta años.

Al cabo de algún tiempo desapareció don Carmen Soto. Enfermó y al irse a la capital, en busca de mejoría, encontró la muerte. Su mujer también se fué. Entonces apareció en el pueblo su hijo, vestido de paisano, bien vestido, con expresión de hombre dueño de su destino.

Patancha, que parecía árbol convertido en hombre, contó ante un grupo de vecinos:

—Esperaba que se regara la huerta para cortar el agua... En eso llegó el señor Soto y me saludó muy comedido, porque es así. Preguntó cuánto producía la huerta. Le dí razón. A cada pregunta suya le daba razón. Averiguó si los potreros de su padre podían aprovecharse en siembras. Le dí mi parecer. A todo esto sacó un puro. Bueno. El era dueño de hacerlo, pero de ahí a lo que hizo después... Seguí mirándome y oyendo mis razones. Sin apurarse sacó también un billete de diez pesos. Pensé en que me lo daría para compras. No fué así. Comenzó a enrollarlo tal como hacen las mujeres con el papel para encandilar el fuego. Atracó un fósforo al billete y apenas éste ardió lo acercó al puro. Creí que al hacerlo quería ver qué decía yo. No dejó de mirarme ni de oírme. Sentí que las manos se me agarrotaban en el mango de la pala... en ese momento tal vez me estaba

tentando el demonio ¿de qué no se aprovecha? y tuve que hacer un esfuerzo para no darle en la cabeza. Ya casi no pude hablar. El chupaba su puro y mantenía el billete en la punta de sus dedos. Me hice para un lado y dejé la pala afirmada en un árbol. El señor Soto botó al fin el pedazo de billete y me dijo:

— Ya veremos lo que más convenga hacer — y se fué. ¿No creen que hacer eso es burlarse de los pobres? No considero que me pague poco, pero necesito trabajar una semana, de sol a sol, para ganar diez pesos, y él los quema en dos minutos. ¡Esto es lo que salvé! ¿Me darán algo?

— Es muy pequeño. No sirve sino para componer otro. Por eso el finado don Carmen, mientras vivió, no le aflojaba un cobre. Sabía la laya de hombre que era su hijo. Pronto lo veremos con una mano por delante y la otra por detrás...

Un año después el joven botarate reingresó a la policía santiaguina. Y no vivió mucho. Una pulmonía acabó con él en menos de una semana.



## MENSAJE A LOS JOVENES POETAS

*Aquí, en América, como un símbolo roto,  
como un cráneo perdido,  
el dios que amaba el hombre y su estatura  
también se ha puesto a orar, desposeído.*

*¿Por qué están apagadas vuestras cóleras,  
por qué muere lo trágico en el freno  
y estáis todos cansados de lo digno,  
y gritar por el Hombre os parece  
una inferior aventura de partido?*

*Se mueven en el caos del cerebro,  
la original rutina,  
el viejo neologismo,  
el roto silogismo,  
y el silencio es, de verdad, lo que domina.  
El universo es vuestra novia terca,  
vuestra nube bordada y retejada,  
vuestras pálidas violetas subconscientes,  
vuestro triste abandono en la vigilia.  
Las noches son más fuertes que los días,  
los sueños más vitales que las cosas  
y todos vuestros dioses tutelares  
están mirando altares,  
de rodillas.*

*Con mi latido, con mi llaga,  
por la montaña de los libros jóvenes,  
por ceniza vacía, por infértiles lirios,  
yo voy solo y perdido.  
Me invade una tristeza engalanada  
con una leve emoción de formalina.*

*Yo nada sé de pura poesía,  
y poco entiendo de poesía pura;  
solamente un sol frío me contempla  
y una tierra agrietada de injusticia*

*pregunta a qué sirve mi garganta.  
No hablo de férreas consignas,  
—¡que los vientos se lleven las cadenas!—  
ni de odios antiguos o banderas,  
—¡que el horizonte cubra las fronteras!—,  
sólo me agito a pulmón lleno  
y grito que el hombre está escindido,  
y su conciencia  
mancha de sangre el firmamento.*

*Se muere el negro, el inmortal judío,  
se acaba de morir el español, el chino.  
Se mueren hombres, poco a poco,  
creyendo aún que viven.  
Nadie sabe si nace lo bastante  
para neutralizar esta agonía,  
para llevar el mundo hacia adelante.*

*Pero la vuestra es otra—otra—poesía.*

*¿Qué derecho tenéis en vuestros miedos,  
y qué ley os dictamina abandonar  
frente al recuerdo del amor de infancia,  
frente al oscuro disfrazado, al roto paraíso,  
a la parábola virtuosa y encintada,  
al polvo de dolores mínimos?*

*¿Qué os importa a vosotros de vosotros?  
Vosotros, vosotros  
no soís vuestros.*

*¿Qué hacéis con esa cuerda en la garganta,  
mis estimados vates juveniles,  
qué hacéis con esa joya robada, mal habida,  
con esa voz heredada y que no canta?*

*Perdonad el pregón, la profecía,  
perdonadme el dolor desmadejado,  
el yo que toma el viento de la vida  
y no quiere vivir ensimismado.  
Perdonadme el juego métrico inmaduro,  
la sintáxis torcida por el diente apretado,  
perdonadme la rima y el temario.*

*Mirad en esta noche las ciudades,  
las agujas que marcan campanarios.  
Echad en vuestras almas las redadas,  
sacad a flote a los hermanos.*

*Los grandes de ayer con sus Españas,  
sus guerras, sus miedos, sus guitarras,  
le dieron a la voz su humana resonancia.  
La sangre atravesaron con poemas,  
el viejo son de las ardientes esperanzas  
a grito vivo enarbolaron.  
En la hora negra lo cumplieron.*

*¿Se terminó lo digno?  
¿es ya feliz el hombre y su marea?  
¿ha muerto Satanás? ¿se fué del ámbito?  
¿el cuervo calla, acaso?*

*Aquí, en América, perdidos,  
dejamos que las noches nos cubran las vigílias,  
que los sueños nos maten estos días  
y que todo lo digno en nuestros hombros  
se incline ante los dioses de rodillas.  
El hombre espera,  
en la inmensa heredad, que el viento del poeta  
encienda entre las piedras un reguero,  
fermente entre las balas una aurora.  
Matad en vuestros versos esos dioses,  
esos pobres enanos amputados,  
volved el corazón a la vertiente,  
el grito al cielo,  
la voluntad al hombre esperanzado.*



## PARTIDA PARA LAS ISLAS

CAE la lluvia con lentitud pegajosa. El canal enchapado de aceite, se adormila entre los desperdicios. A menudo la voracidad de un bagre altera la borrosa superficie con un tarascón de soslayo.

Todo está quieto en el ambiente. La costa fangosa está desierta. Los eternos desocupados, que vigilan el ir y venir de los barcos, se han refugiado en la casilla de la prefectura y en el quiosco de la nafta. Desde allí miran en silencio las embarcaciones apretujadas junto a la orilla, al parecer abandonadas, si no fuera por el humo que sale de las cocinitas de a bordo.

A lo lejos chirría una grúa levantando troncos, y una zorra voladora eleva pacientemente un médano artificial de arena mojada o vomita una pequeña avalancha de piedra molida. Algún lanchón cargado de madera o mimbre se desliza con desgano. Junto a un vagón de ferrocarril desamparado se amontonan paños grises que vienen volando desde el fondo de una chata.

Los vendedores de diarios y de caramelos pregonan su inútil mercancía con resignada indiferencia a la intemperie.

De la carnicería próxima sale el muchacho con una pesada canasta bajo el brazo. Lleva, en dirección a los barcos, la carne que consumen las islas. De un gancho y una etiqueta cuelgan trozos rosados y sanguinolentos, ristras de chorizos, hígados caoba. En invierno llega todavía fresca y apetitosa, pero en verano, asoleada en la proa y abombada por el calor del barco y la resolana, despide un fuerte olor a carne pasada; deberá durar todavía un par de días antes de ser consumida en ese ambiente húmedo del Delta que acelera las putrefacciones.

La vida ribereña se ha refugiado en las cantinas. Desde la acera se atisba la negrura de los interiores, donde las luces brillan sin iluminar, como en las iglesias. Se penetra en la penumbra ruidosa de un vasto recinto repleto de parroquianos. La humedad, al acentuar los olores, carga el aire de un acre tufo de carne asada, mugre y tabaco fuerte. El humo de la parrilla donde se asa la carne es particularmente desagradable a esta hora matinal. Son las ocho apenas, y ya esta gente va en su segundo bife y en su cuarto vaso de vino.

Es difícil sintonizar un tema en la algazara políglota. Abunda el italiano más o menos dialectal, el español y a veces también, pero muy raramente, el argentino.

La cantina constituye un verdadero oasis de sociabilidad en la soledad ininterrumpida del isleño. De allí surgirá la amistad y la enemistad, la nota social, el color político, mientras desparece la carne entre las quijadas que la mastican con ritmo veloz, remojada en esa tinta nauseabunda del vino barato.

Para estos hombres, el día ha terminado ya. La charla de sobremesa, reciamente acodados en el mostrador, o en el hule grasiento de las tablas, es el coronamiento de una larga jornada de trabajo, jornada que ha comenzado dos o tres días antes. Primeramente la recolección de la fruta, encaramados en la escalerita triangular, prendidos entre las ramas del duraznero, o en el fangal de los membrillares, a veces con el agua a la rodilla, sangrados por los mosquitos o por el chicotazo de la rama flexible, dolorosa como un látigo. Luego el transporte hasta la canoa, llevada a la entraña misma del monte gracias al repunte del agua; después la descarga junto al arroyo, la clasificación, el envasamiento en canastos, y por último su estiba en el lanchón que ha de llevarla al Tigre. Y así los toma la madrugada del Delta, aguantándose con el bichero entre los juncuales, perdidos en la niebla que se levanta perezosamente del agua quieta, en paisaje que se diluye en muselinas heladas.

El vaporcito frutero va enganchando la cadena de canoas cargadas hasta los bordes con el fragante producto del Delta. Y hacia el mercado.

Trabajos rudos, faenas donde se van dejando los riñones y la juventud, un poco cada día, acaban indefectiblemente ante la sonrisa despectiva del comprador del muelle. Y las peripecias de la oferta y la demanda constituyen el comentario, ya colérico, ya resignado, de los hombres de la cantina.

Un silbato imperioso vacía el recinto. El vapor llama a los hombres, demorados junto al vaso semilleno. Un último trago, y de nuevo al barco, al agua, a la isla. La peripecia cardinal de la vida del isleño ha terminado.

El barco está obstruido por todas partes por una carga heterogénea. Cemento en bolsas de arpillera y de papel; hierro trabajado, herramientas, camas, puertas y ventanas «standard», madera dura para las fundaciones, única que puede resistir la humedad constante del suelo, aceites, de oliva los menos, de maní y algodón los más, aceites que sirven indistintamente para las ensaladas y los cojinetes; ristras de cebollas y de ajos; bolsas de harina, de pan, paquetes, paquetes, paquetes... Hacia la proa, la carga de carne, como ya dijimos.

El alimento espiritual de las islas va en forma de paquetes de diarios, de revistas, de folletos, diarios locales de San Fernando y de la Capital, de más de cinco pisos y más de cinco secciones. Hay un tripulante en cada barco, encargado especialmente de la distribución de todo este material impreso. Su desempeño requiere las primeras letras y brazo fuerte, porque cada diario describirá un viaje aéreo, desde el barco hasta la tierra firme, como esos aviones que lanzan los barcos de guerra con una catapulta. El diario o la revista es arrojado de revés, con seguro envión. Las cartas y papeles van enrollados a un tronquito de álamo, que les dará peso y cuerpo para llegar; facturas, cuentas, prospectos, etc. Ya no se usa tanto la propaganda impresa porque la radio la ha suplido con ventaja. Gracias a la radio, el isleño tiene hoy sus cancionistas preferidos, discute acerca de la última función del teatro Colón; sabe del asalto de box, del match de football, del discurso político.

El tránsito por el barco se hace difícil. Llega rezagado el último casco de vino, de 500 litros, cuyo fabricante, por una curiosa coincidencia, tiene un nombre muy parecido a Gargantúa... Encargos hechos a gritos, desde el agitado mundillo de a bordo, y el plácido y contemplativo concurso de la orilla.

Suena por última vez el pito del vapor; la escena de la partida tiene mucho parecido, por lo complicada y lenta, con el arranque de un transatlántico.

Antes de largar la amarra, el capitán repasa en su cabeza la lista de los encargos. Han sido hechos en los arroyos y canales, desde los embarcaderos, al paso del vapor. No; el capitán no se olvida de nada; y da, no muy seguro de su memoria, el timbre de arranque, con el temor de que, no antes de la vuelta del canal, empezarán a aparecer los encargos remisos, perdidos en un rincón de su cabeza, aquél precisamente que había olvidado de rascarse.

El dum dum de la máquina coincide con el chapoteo de la hélice, en el agua barrosa del canal, y el extraño bastimento comienza a resbalar a lo largo del muelle, en una estela olorosa de guisos y relente de máquinas. La pequeña velocidad de diez o quince kilómetros por hora le permitirá llegar, entrada la noche, a los confines del delta, en la costa de Entre Ríos.

La superficie esmerilada del agua se remueve un poco al paso del vapor, y luego vuelve a su solidez primitiva, acariciada por la llovizna. Las casas y arboladuras del Canal van desapareciendo en la niebla, y el viajero se encuentra entre el agua, la de abajo que lo sustenta y la de arriba que lo transe.

Ha penetrado en el Delta.

## APUNTES SOBRE EL HAMBRE DEL PRESO

NADIE, ningún preso político o común, ha escapado durante estos años trágicos a la tortura del hambre, que ha llevado a muchos, finalmente, a la fosa común ignorada de los cementerios pueblerinos y ha convertido a otros para siempre en seres físicamente inútiles. Noches infinitas de desesperación agobiadora, lúcidas de fiebre hambrienta, en que conscientemente se sigue todo el proceso de una agonía lenta; desánimo y desconsuelo de una vida que se ama entrañablemente y por la cual se lucha tanto; desprecio hacia la inhumanidad de la civilización moderna.

Los mayores padecimientos pasados, aunque hayan sido torturantes, se olvidan fácilmente con el disfrute de la vida en libertad o con el premio del logro de la aspiración por la cual se ha combatido. Reconstruir en frío, en la perspectiva del pasado, los tormentos sufridos en las angustias del hambre les restará siempre una parte de su valor real; no expresará nunca el verdadero dolor del tormento, ni recogerá la auténtica expresión de lo vivido y de lo sufrido.

Aprovechando el blanco de las cartas familiares, pequeños trozos de papel encontrados por azar, los márgenes de un libro, fuí anotando algunas manifestaciones sobre el hambre vividas u observadas en las prisiones celulares o los penales por donde he pasado en un calvario de cuatro años y medio. Un resumen de dichos apuntes puede dar, en parte, la noción de esta tragedia sorda que ha tenido lugar en nuestra época y que han padecido millares de seres.

\*

Hay una gran diferencia entre el estado moral y material de un hambriento internado en un campo de concentración y el de un preso encerrado en una prisión o en un penal y sometido a régimen celular. Generalmente — hablo como ex-internado en campo y como ex-presos de prisión y de penal — la comida suele ser un poco más abundante y mejor preparada

en los campos de concentración, porque el internado tiene cierta, aunque mínima, facultad de protesta. El pupilo de una prisión, bajo una dictadura política, es un ser enterrado en vida. Está no sólo aislado del mundo exterior, sino incluso de sus propios camaradas de cautiverio. La convivencia en los campos de concentración representa un derivativo durante ciertos momentos de la jornada para olvidar el agobio del apetito. El aislamiento de la prisión, la falta de toda sociabilidad, centra la preocupación durante todos los minutos del día en la angustia inolvidable del hambre.

Por experiencia personal puedo decir que, fisiológicamente, el hambre comienza por una especie de agüilla salivosa, que llena la boca y se mantiene en ella en estado casi latente. Es la expresión verdadera de lo que se llama vulgarmente «hacerse la boca agua», y va acompañado de un cierto sabor parecido al estado de purga. Mantiene al paciente en una situación constante de nerviosismo irritado. Por otra parte, se experimenta el verdadero «vacío de estómago». Se tiene la impresión de que el vientre y la espalda se tocan, de que están pegados como una oblea; parece como si el estómago fuera un órgano muerto que deja un vacío. Además, el hambre fomenta la pereza y la abulia: hace bostezar terriblemente. Nuestro dormitorio de la prisión de Bergerac, en los períodos de hambre aguda, era un concierto permanente de bostezos. Y el bostezar es enormemente contagioso.

Mentalmente, el hambre se convierte en idea fija de la que es difícilísimo desprenderse. Aún realizando los máximos esfuerzos para orientar el pensamiento hacia recuerdos agradables alejados enteramente de los problemas de comer, insensiblemente se vuelve a caer en ellos. Siempre, en contraste trágico con la penuria presente, vienen a la memoria los mejores recuerdos gastronómicos del pasado. Es una lucha permanente de la idea fija del hambre contra el individuo.

Recuerdo que en los primeros días de mi estancia en la prisión celular de Montauban, el hambre me atormentó más cruelmente que nunca porque era mi primer período de adaptación a este drama. Obraba sobre mí, con persistencia imposible de descartar, el recuerdo de que cuando en unión de los inspectores de Vichy se efectuó el registro en mi habitación de Toulouse, ví que mi mujer (que había sido internada) se había dejado sobre la mesa una botella con un poco de aceite y un buen pedazo de pan. Pensaba y volvía a pensar que con ello podía haberme preparado magníficas tostadas en aceite.

Dicho manjar se presentaba en diversas formas en mis sueños de hambre.

El hambre intensa, por lo menos en sus comienzos, hasta que el organismo se adapta, quita toda posibilidad de conciliar el sueño, es imposible dormir. El hambre se manifiesta por una inquietud del cuerpo que impide todo reposo; se tiene una desazón continua. Cuando el hambre perdura, desaparece también el insomnio. Entonces se padece un sopor casi permanente. Es físicamente la debilidad, la pérdida paulatina de peso.

Al principio de estar en la prisión militar de Mauzac, también el apetito me torturó terriblemente. Por las noches el hambre apenas me dejaba reposar tranquilo. Me enloquecía en la desesperación. Me levantaba violentamente y me dirigía al lavabo. Allí bebía agua, una y otra vez, como si con ella aplacase el hambre. Al levantarme por la mañana, la boca se ofrecía seca y fuertemente pastosa. El cansancio y la debilidad me obstaculizaban el andar, pues los pies se resistían a realizar un esfuerzo que no podían.

A manera de alimentación cerebral, casi todos los presos manifiestan la manía enfermiza de charlar constantemente de comer. Recuerdan las buenas comilonas de otros tiempos y hacen proyectos sobre las futuras. Se habla de lo que se comía antes y de lo que se comerá mañana. En nuestro dormitorio de Bergerac había un joven comunista, excesivamente tímido, fuerte de constitución y consumido siempre por la fiebre del hambre. Cuando la conversación versaba sobre el comer, rogaba que se cambiara de tema. Cierta día permaneció echado sobre el petate, dolorido de apetito. Surgió el tema de siempre. De repente, enloquecido, se levantó y echó las manos al cuello del que más hablaba. Tuvimos que precipitarnos todos sobre él para contenerle en su furor.

Cuando pasé por primera vez por un penal, reparé que varios presos, sustrayéndose a la vigilancia de los guardianes, tomaban notas en cuadernos que después tenían que esconder cuidadosamente para evitar que fueran confiscados. Creí que se trataba de meros apuntes de recuerdos personales. Después averigüé que lo que anotaban eran recetas de cocina. Era raro el preso que entre las cartas familiares no ocultase también alguna receta culinaria.

Impacientados por el hambre, se espera con apremio el rancho. Y cuando éste llega, pobre de contenido e incluso de agua, una vez consumido se cae en una verdadera postra-

ción. Jamás en su vida se ve nadie invadido de una tristeza más infinita que en estas circunstancias. Ataca una especie de dejadez que, ciertamente, es hambre, pero también depresión moral. Concuerdan el hambre física y el hambre cerebral. Una vez hermanadas durante algún tiempo, es imposible descartarlas. El hambre cerebral, es decir, la obsesión permanente, agota mucho más que la física.

Fisiológicamente el hambre se manifiesta también por la inflamación de las piernas, principalmente del tobillo. Al levantarse por las mañanas, la hinchazón ha desaparecido en gran parte; pero durante el curso del día el juego del pie va hinchándose de nuevo. Todos los famélicos lucían piernas sin forma, como palos lisos. Aquellos que buscaban ingresar en la enfermería para obtener un suplemento de comida, ingerían mucha sal para producirse la inflamación de las piernas.

En los primeros días de mi encarcelamiento me pasaba los días enteros echado en el petate. Hacia mediados de junio de 1941 noté que al hacer la cama a la caída de la tarde, y a pesar del poco esfuerzo que esta tarea suponía, me cansaba extraordinariamente. Fué por entonces cuando el ministro de Justicia de Petain ordenó que todos los presos fueran pesados una vez por mes. Descubrí con este motivo el secreto de mi extremado cansancio: pesaba 52 kilos, con 1.84 m. de talla. Cuatro meses antes, al entrar en la prisión, pesaba 73 kilos. Cada mes, la gráfica de pesos ponía espanto incluso entre los propios guardianes de la prisión.

Por experiencia he confirmado prácticamente que el sentido del gusto es sólo una consecuencia de la costumbre y del hábito: no algo concretamente determinado por las necesidades del organismo. Esto explica también, en mi concepto, y no otros argumentos, la variedad universal en la alimentación, es decir, la diferencia entre los pueblos cultos y los pueblos salvajes. El sentido del gusto se habitúa fácilmente, sobre todo por la fuerza de las circunstancias. Está siempre dispuesto a adaptarse cuando interviene el imperativo del hambre atrasada, imposible de saciar.

El poder de apetito es casi similar en todos los seres humanos. En la vida normal, con actividades diferentes (intelectuales o manuales, trabajos de precisión o de fuerza), las necesidades alimenticias son diversas y se manifiestan, incluso frecuentemente, de acuerdo con los diferentes estados de espíritu. Varía también, pero es una excepción secundaria, según la constitución física del individuo (más o menos grueso o del-

gado, más o menos alto o bajo). Pero colocados en circunstancias absolutamente similares, y ante la falta de alimentos, puede decirse que la capacidad de comer es bastante parecida en todos. Naturalmente, hay que exceptuar casos patológicos, que padecen dilatación de estómago tal que pueden dejar pasar un elefante entero. Estos pertenecen al grupo de los insaciables. Son incurables, y conservarán el complejo del hambre durante el resto de su vida.

He conocido también el caso del rumiante auténtico. Es decir, individuos que deliberadamente masticaban dos veces los alimentos creyendo así aplacar mejor su hambre. Por primera vez, durante la comida en el refectorio; después, volvían a hacer pasar los alimentos del estómago a la boca y volvían a masticarlos muy despacio, gustándolos suavemente. Junto a mí, durante algún tiempo, dormía G., el campeón de los rumiante. En cuanto regresaba del refectorio se tumbaba en el petate, se cubría la cabeza con la manta para que no lo vieran y comenzaba a rumiar.

Los ojos del hambriento adquieren un brillo especial y hasta cierta redondez de forma. Hay ojos de hambriento que parecen poseer el mismo privilegio que los católicos adjudican a Dios: el de estar en todas partes. Se mirara hacia donde se mirase, siempre se encontraba uno la mirada fija de ciertos hambrientos. Es una mirada extraña, en la que parece como si los ojos trataran de escaparse de las órbitas.

Estos sujetos se distinguen por una habilidad especial para valorizar todo lo que tenga relación con la comida. Con una simple mirada escrutadora de gran alcance, pueden establecer cuál es la gamela de más contenido, cuál es la ración de paté que tiene tres gramos más de peso que las otras. El grupo de los famélicos conoce mejor que nadie todos los movimientos que se realizan en la cocina, aunque se encuentren de ella a una distancia de varios metros. Durante varias semanas tuve de compañero de celda en Montauban al más desgraciado ejemplar de famélico que he conocido. La cocina estaba en la planta baja; nosotros ocupábamos una celda del tercer piso. A pesar de una distancia de lo menos treinta metros, me iba detallando todos los días cuanto sucedía en la cocina: «Ahora echan el agua en la marmita; ya echan los rutabagas; ponen la sal; retiran la marmita», etc., etc. Y no se equivocaba.

En el penal de Eysses, siendo yo contable cantinero, en el refectorio me perseguían siempre los ojos de F., otro tortu-

rado por una avidez inmensa, producto de una semidieta continua. En la prisión militar de Mauzac toda la barraca encontraba siempre los ojos y la nariz de P., una nariz larga, más larga que la de Cyrano y que parecía dilatarse todos los días a fuerza de olfatear. P. ondeaba su avidez en la punta de la nariz. Era su enseña.

(Al dorso de una carta de mi mujer encuentro esta nota escrita en el Penal de Eysses: «12 de Junio de 1942.— Estoy sentado en uno de los rincones del patio. En el rincón más extremo al mío se ha sentado un preso al que acaban de entregar el contenido de un paquete postal. Las miradas de todo el patio se han concentrado inmediatamente en él. Y los que están a su lado me enumeran todo el contenido del paquete, a pesar de encontrarnos a unos quince metros de distancia del que lo posee. Hay algunos que con la mirada se comen ya mentalmente todo el contenido del paquete.»)



## EL VATICANO EN LA POLITICA MUNDIAL

SIGNO del tiempo en que vivimos — época caracterizada por el profundo caos del capitalismo decadente y el movimiento social - revolucionario a que da origen — es la creciente intervención de la Iglesia católica, apostólica y romana en la política. Nunca en toda su historia estuvo ésta más activa tanto en el terreno nacional como en el internacional.

Cuando la lucha de clases del proletariado contra la burguesía adquirió por vez primera conciencia política con la publicación del *Manifiesto Comunista*, en 1848, el Papa Pío IX condenó públicamente la doctrina de Marx y Engels. Proclamándose a sí mismo guardián de la propiedad privada capitalista y del sistema de lucro que comporta, el Vaticano hizo causa común con todos los representantes de la reacción para conjurar el espectro del comunismo que empezaba a rondar por Europa.

Sin embargo, el siglo décimonono fué un período de relativa estabilidad social. El capitalismo estaba completando la etapa final de su ascenso como sistema universal. Había, desde luego, crisis económicas ocasionales o cíclicas, propias del sistema de producción en masa. Pero la *crisis general* del capitalismo, el período de su decadencia, no se hizo presente hasta la entrada del siglo actual, cuando todo su ímpetu progresivo había desaparecido.

En la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo aun podía hacer camino antes de agotar su ascendente marcha histórica. En consecuencia, la oposición del Papa al comunismo podía limitarse a una circunstancial censura dogmática. La Iglesia católica no tenía necesidad de hacer campaña permanente contra el comunismo. Pero cuando la sociedad capitalista se vió amenazada revolucionariamente — como durante la Comuna de París en 1871 — el Vaticano hizo recaer su condenación sobre todos aquéllos que pretendían cambiar el sistema social vigente.

En años recientes el Vaticano ha emergido más activamente como fuerza política ocupando un lugar en la lucha de

clases. Su actividad política se ha convertido en campaña básica. Por cierto, ella trasciende y con mucho su actividad en el campo «espiritual».

Un verdadero cúmulo de pruebas dan testimonio del papel que corresponde al catolicismo romano como defensor del *status quo* capitalista y como pilar de la reacción mundial. Explica este hecho el que los intereses materiales de una religión organizada, igual que los del mundo burgués, han entrado en áspero e irreconciliable conflicto con la imperiosa necesidad de un cambio social. Tales intereses están íntimamente ligados al sistema capitalista de propiedad privada del que forman parte. Al dar la cara de modo intrépido como defensor del capitalismo en descomposición, la Iglesia defiende sus propias posesiones y réditos, amenazados por la revolución socialista. El tamaño y empuje de su intervención en la política da la medida de cuán profunda es la crisis de la sociedad capitalista.

Cuando el Papa ataca al «comunismo ateo» y al «bolchevismo sin Dios» puede parecer que sólo se refiere a los infieles que menosprecian la dirección espiritual de la Iglesia. Está lejos de ser así. De acuerdo con el catolicismo, el Papa es el Santo Padre, el Pontífice Supremo, el Vicario de Cristo en la tierra. Como único y autorizado vocero de la Divinidad es infalible. Por tanto, cualquiera que desdeña su Iglesia y los dogmas desdeña asimismo a Dios y está condenado para la eternidad. Esto rige no sólo para los ateos y herejes descarriados —judíos, budistas, musulmanes— sino también para los cristianos protestantes. Sin embargo, el Vaticano no emprende violentas cruzadas contra estos rivales doctrinarios. Lo cual viene a hacer evidente que el comunismo y el bolchevismo son el blanco de los ataques papales no sólo y principalmente por su ateísmo sino en razón del contenido social de sus doctrinas. En verdad, el Vaticano no trata de ocultar el aspecto temporal de su oposición el movimiento revolucionario de nuestro tiempo, como puede demostrarse a través de cualquier encíclica papal reciente. El Papa ataca al comunismo porque supone un desbancamiento de la Iglesia, la separación de la Iglesia del Estado; porque importa la confiscación de las propiedades seculares de la Iglesia; porque involucra el término de los subsidios estatales para la Iglesia; porque significa la derogación de los privilegios parasitarios de sus legiones de eclesiásticos; porque supone la exclusión del clericalismo de la escuela. Privada de sus riquezas y sin

contar con la ayuda del Estado, la Iglesia decaería rápidamente, reduciéndose a una secta de poca importancia que, por último, acabaría por disolverse dentro de una sociedad socialista racional. Así, pues, a fin de sobrevivir, la Iglesia debe defender el orden social del que su propia vida depende.

La Iglesia Católica es una poderosa institución universal. Cuenta con trescientos ochenta y cinco millones de adeptos, número que supera al conjunto de las poblaciones de los Estados Unidos y de la U.R.S.S. Comprende casi la mitad de la población de Europa y de las Américas. Apenas si hay un país donde no esté representada. Desde las naciones más avanzadas hasta las más atrasadas fluyen tributos para sus arcas. El Vaticano a nadie rinde cuenta de sus ingresos, pues no publica balances de ninguna especie. Además de catedrales y templos, monasterios y conventos, seminarios y escuelas o establecimientos misioneros, la Iglesia Católica posee vastas propiedades seculares que hacen de ella el mayor estado terrateniente del mundo entero. Entre sus propiedades figuran empresas comerciales de distinta índole (hasta incluye grandes cines), casas de departamentos y conventillos. Como propietaria de estos últimos en Europa, Asia y otras partes, la Iglesia Católica obtiene rentas de los más pobres entre los pobres. Como posee grandes plantaciones y haciendas en los países coloniales (v. g. Filipinas, Indochina francesa, Africa del Norte y América Latina), saca provecho del trabajo de los más explotados entre los obreros de la tierra. El enorme ingreso que obtiene de tal modo, sin contar el valor de las propiedades en sí, está en peligro con la revolución que se anuncia. He ahí la explicación, la explicación definitiva, de la «cruzada moral» del Vaticano contra el comunismo y el bolchevismo. Explica el odio intenso que siente hacia la Unión Soviética, el primer país que rompió con éxito el sistema capitalista de propiedad privada.

Fué durante la crisis europea que siguió a la primera gran guerra que el Vaticano entró en la arena de la lucha de clases después de haber invernado políticamente, por así decirlo, muchos años. Los alzamientos revolucionarios conmovían a Europa. El capitalismo se tambaleaba. El bolchevismo triunfaba en Rusia. La crisis revolucionaria de Italia, a las puertas mismas del Papa, constituía particularmente un grave problema para el Vaticano. A fin de salvar al capitalismo italiano, el Papa Pío XI dió su apoyo a Mussolini. El 20 de Enero de 1923 el Cardenal Gasparri, secretario de Estado del

Papa tuvo una entrevista secreta con Mussolini, cuyos resultados sólo se conocieron más tarde. El Banco de Roma, controlado por los católicos, y al cual los preladados y la Santa Sede habían confiado una gran parte de su tesoro, encontrábase en inminente quiebra, igual que los demás Bancos. Mussolini prometió salvar la situación una vez en el poder, mediante la intervención del Estado. Mantuvo su palabra y evitó la bancarrota pagando mil quinientos millones de liras que exprimió más tarde a las paupérrimas masas italianas.

El Vaticano estaba muy agradecido a Mussolini por sus servicios en defensa del capitalismo italiano y, en consecuencia, de la Iglesia Católica en Italia, para no hablar del propio Vaticano. El 31 de Octubre de 1926 el Cardenal Merry del Val, dijo:

«Mis agradecimientos se dirigen también a él [Mussolini] que conserva en sus manos las riendas del gobierno de Italia, que con clara visión de la realidad, ha querido y quiere que la religión sea respetada, honrada y practicada. Visiblemente protegido por Dios supo acrecentar sabiamente la fortuna de la Nación, aumentando su prestigio en todo el mundo.»

En un discurso de Diciembre del mismo año, el propio Papa Pío XI referíase a Mussolini como «el hombre enviado por la Providencia». Y cinco años después, aunque trabado en pleito con Mussolini a causa de la interpretación del Tratado de Letrán, el Papa no dejaba de manifestarle su aprecio por lo que había hecho por la Iglesia Católica.

«Tenemos y tendremos siempre presente y sentiremos perenne gratitud por lo que se ha hecho en Italia en beneficio de la religión, aunque no menor, y quizá mayor, fué el beneficio recibido por el partido [fascista] y el régimen [fascista]... Nos hemos abstenido siempre de condenarlo [al fascismo], formal y explícitamente; hemos llegado al punto de creer posible y favorecer compromisos que parecían inadmisibles a otros.»

En 1929, cuando el fascismo estaba firmemente establecido ya en la cima del poder, el Papa y Mussolini firmaron el Tratado de Letrán y un concordato. Según dicho Tratado, el Vaticano convertíase en poder temporal con facultades para intercambiar representantes diplomáticos con otros estados. La ciudad del Vaticano, enclavada en el corazón de Roma, se hizo la capital de un imperio pontificio. El Papa vino a ser a un tiempo Jefe de la Iglesia y del Estado. El Concordato equilibraba las relaciones entre el estado fascista y la rama italiana de la Iglesia. De acuerdo con el Tratado de Letrán,

Mussolini pagó al Papa la suma de setecientos cincuenta millones de liras en efectivo y mil millones de liras en bonos del gobierno fascista. Es lo que selló la alianza entre el Vaticano y el fascismo.

Al ver en la dictadura fascista y el totalitarismo la única alternativa contra una destrucción revolucionaria del capitalismo por la clase obrera, el Papa y la Jerarquía católica les dieron a aquéllos su apoyo más decidido. Cuando Hitler subió al poder en Alemania en 1933, el Vaticano fué el primer gobierno soberano que entabló negociaciones formales con el gobierno nacistas. El 20 de Julio de aquel año el cardenal Pacelli (el actual Papa Pío XII), puso su firma, en calidad de Nuncio papal en Alemania, junto a la de Franz von Papen en el concordato entre el Vaticano y el Tercer Reich de Hitler. Siguiendo la misma línea política, el Vaticano prestó toda la ayuda que pudo a Franco en la guerra civil de 1936 a 1938, tal como un año antes había dado el Papa su bendición pontificia a Mussolini para la conquista de Etiopía. La Iglesia Católica estaba desplegando en escala mundial su fuerza «espiritual» y material.

En la forma, el Vaticano ha pretendido la neutralidad en materia internacional. Así lo proclama el artículo 24 del Tratado de Letrán. Pero de hecho, ha violado dicha neutralidad en la guerra etíope y en la guerra civil española. Con ese agudo discernimiento político que le viene de un refinado instinto de clase, el Papa se hizo cargo de inmediato de la verdadera significación que tenía la guerra civil española. Mientras las confusas cabezas liberales y los líderes de los partidos obreros que seguían la política del frente popular, hacíanla aparecer como una guerra entre la democracia y el fascismo, la Santa Sede no dejaba de apreciarla como una lucha de *clase*, entre la revolución socialista y el capitalismo. España es uno de los más importantes bastiones católicos en Europa. El Papa vió pues en la guerra civil española el temido espectro del bolchevismo extendiendo su sombra sobre el Mediterráneo. La Iglesia y sus propiedades estaban en peligro. Para el Vaticano era de importancia vital asegurar el triunfo de Franco. Hitler y Mussolini hicieron cuanto estaba en sus manos para ayudar a la Falange española. Pero era imprescindible aislar a los españoles leales, impedir al gobierno republicano cualquier auxilio exterior. El peligro máximo estaba en los Estados Unidos donde se había levantado un gran clamor popular contra Franco. Ni Hitler ni

Mussolini podían presionar en Washington. El Vaticano asumió esta tarea. Valiéndose de su inmensa influencia en América, lanzó una formidable campaña en la prensa, en el púlpito y en las escuelas, a fin de inclinar a Washington hacia el embargo de armas para la República española.

Con todo, la guerra civil de España no era más que una fase de la situación mundial que se movía con rapidez en dirección de otra guerra. Hacia el otoño de 1936 una serie de acontecimientos mostraron claramente que la era de la «paz» imperialista, después de la primera gran guerra, llegaba a su fin. El asesinato del canciller austriaco Dollfuss, la invasión italiana de Etiopía, la marcha de Hitler hacia la Renania, y, por último, la guerra civil española, eran todos presagios de la tempestad que se avecinaba. En un mundo de creciente agitación e incertidumbre, el Vaticano creía esencial llegar a un entendimiento con el gobierno de los Estados Unidos, potencia de primer orden y el más fuerte bastión del capitalismo. Durante mucho tiempo el Vaticano había anhelado mantener relaciones oficiales con los Estados Unidos. Era extraño que un país con una población católica tan numerosa y una iglesia católica tan rica e influyente no mantuviera relaciones diplomáticas con el gobierno central de aquella Iglesia. La Unión había ignorado al Vaticano desde 1867. El principio de separación de la Iglesia del Estado y el fuerte sentimiento antipapal de la mayoría protestante de la población, eran obstáculos para cualquier entendimiento oficial. Obstáculos grandiosos ciertamente, pero no insalvables. Pues tanto el Vaticano como el Imperialismo yanqui se necesitaban. Cada cual anhelaba el apoyo y la ayuda mutua en defensa de los intereses comunes.

En el otoño de 1936, el cardenal Pacelli (el actual Papa Pío XII), entonces secretario de Estado del Papa Pío XI, llegó a los Estados Unidos. Después de recorrer el país para matar el tiempo de las elecciones presidenciales, fué recibido por Franklin D. Roosevelt, el 6 de Noviembre, en Hyde Park. Un secretario de Estado del Papa no visita generalmente un país extranjero si no es por razones de peso. Tampoco es de presumir tal visita sin el consentimiento o una invitación del Presidente. Lo que Roosevelt y Pacelli hablaron ha sido celosamente guardado, igual que todo el resto de la diplomacia secreta de Roosevelt. Pero a la luz de lo que ocurrió después puede deducirse que hablaron: 1.º Acerca de la política de los Estados Unidos en la guerra civil española; 2.º del estable-

cimiento de relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y el Vaticano. A poco de la visita de Pacelli a los Estados Unidos quedó establecido el embargo de armas para España. Pero transcurrieron casi tres años antes de que el Vaticano lograra el segundo punto. Roosevelt apreció la importancia de contar con la Santa Sede como aliado; pero para no despertar animosidades religiosas y echar a perder todo el plan, debía preparar el camino cuidadosamente y aguardar el momento propicio.

El 29 de Julio de 1939, el cardenal Enrico Gasparri (sobrino del cardenal Pietro Gasparri, que había sido secretario de Estado del Papa Pío XI) llegó a los Estados Unidos. Completando la obra de su predecesor el cardenal Pacelli, debía según informe del *New York Times*: «...preparar el status jurídico para un posible comienzo de relaciones diplomáticas entre el Departamento de Estado y la Santa Sede... No estaba autorizado para negociar el establecimiento de las relaciones, sino trazar el esbozo de un cuadro legal para poder llegar a establecer dichas relaciones.» El obstáculo para la aceptación de un Nuncio papal en Washington y de un Embajador americano en el Vaticano fincaba en la necesidad de someter tal proyecto al Congreso, único poder capaz de autorizar los fondos para dicho servicio diplomático. Por lo demás, cualquier nombramiento de Embajador requiere la confirmación del Senado en los Estados Unidos. Una Legislatura y un Senado predominantemente protestantes rechazarían seguramente un proyecto así. En consecuencia, de hacerlo, era necesario pasar por encima del Congreso.

Hay que recordar la fecha: fines del verano de 1939. Amenazantes nubes de guerra cubrían el horizonte de Europa. El momento oportuno para el establecimiento de un acuerdo entre los Estados Unidos y el Vaticano estaba a la vista. ¿Quién podía objetarle a Roosevelt, el «amante de la paz», que se uniera al Papa para salvarla? No había tiempo que perder. Roosevelt recurrió a un subterfugio muy suyo. Para evitar el Congreso, se dirigió al Papa, el 23 de Diciembre de 1939, solicitándole su asentimiento para enviar «un representante personal» al Vaticano. Para este nuevo puesto sin precedentes, escogió al multimillonario Myron Taylor, ex-presidente del Consejo financiero de la United States Steel Corporation. Como Taylor no iría a ser un Embajador propiamente dicho, no era necesario el asentimiento del Senado para nombrarlo. Y como la comitiva podía pagarse con fa-

ilidad sus gastos, no había para qué solicitar fondos al Congreso.

Myron Taylor se fué a Roma en Febrero de 1940 para ocupar su cargo diplomático. Era *persona grata* no sólo al Vaticano sino también al régimen fascista de Mussolini. Taylor había sido siempre un admirador del fascismo italiano y creía que un sistema similar debía establecerse en los Estados Unidos. Tres años antes había divulgado su admiración por Mussolini en un banquete del Waldorf Astoria de Nueva York, como representante de la Sociedad Italo-americana y de las Ordenes reales italianas. El motivo fué una fiesta de homenaje al Embajador fascista, Fulvio Suvich. Extasiándose ante la criminal obra del fascismo italiano, Taylor declaró que «todo el mundo se ha visto obligado a admirar los éxitos del Premier Mussolini para disciplinar el país». También aprobó la bárbara conquista de Etiopía, diciendo: «Hoy un nuevo Imperio italiano afronta el futuro y asume su responsabilidad de guardián y administrador de un atrasado pueblo de diez millones de almas». (*New York Times*, 6 de Noviembre de 1936). Este era pues el personero que el «demócrata» Roosevelt envió como su representante al Vaticano.

Para el Vaticano el entendimiento con Roosevelt le significó valiosos dividendos cuando Italia hizo su entrada en la guerra. Mientras los aviones aliados devastaban Nápoles, Génova, Turín, Milán y otras ciudades, Roma, con el Vaticano en su centro, veíase libre de ellos. Por importante que fuera ésto para la Santa Sede no era más que un aspecto secundario de su entendimiento con el imperialismo americano. Roosevelt y el Papa habían fijado su meta mucho más allá. En carta del 23 de Diciembre de 1939, Roosevelt manifiesta al Papa que un «nuevo orden» se aproxima y le dice: «Es bueno que alentemos un entendimiento más íntimo entre todos aquellos que tienen un propósito común, religioso y gubernamental, en cualquier parte del mundo». Roosevelt argüía que deseaba tener un representante ante el Vaticano porque en el período de la post-guerra «era de la mayor importancia que los ideales comunes tuvieran una expresión idéntica».

A la luz de los acontecimientos de la actual post-guerra no es difícil distinguir el tipo de «nuevo orden» que Roosevelt tenía en mente. No era otra cosa que el viejo, decrepito orden capitalista, resucitado por los gobiernos militares aliados y sostenido por las bayonetas aliadas. El «propósito común» y los «comunes ideales» no eran otros que oponerse a las co-

rrientes socialistas revolucionarias que surgían en Europa; frustrar toda voluntad popular de cambio social y rescatar un sistema infructuoso, pronto a pasar al basural de la historia. Esto sobre todo fué lo que asoció al Vaticano y al imperialismo yanqui.

Críticos liberales de la política del Vaticano han acusado al Papa de violar la ética y los preceptos del Cristianismo al apoyar a los regímenes fascistas. Han puntualizado también que tal política era de una inconsistencia infinita. Así, por ejemplo, al estallar la guerra el Papa recibe a los soldados italianos para impartirles su bendición y encomendarles que lucharan bravamente hasta dar sus vidas, si era necesario, por la patria fascista. Y luego, al término de la guerra, el mismo Papa celebra a las tropas americanas de ocupación por haber «liberado» a Italia del mismo régimen fascista por el cual había instado a los soldados italianos a rendir sus vidas. A los confundidos representantes del liberalismo les resulta difícil comprender que en los asuntos de la tierra el Vaticano deja de lado los abstractos principios morales. El Papa apoya la Monarquía en un país y la República en otro; hoy el fascismo, y mañana la «democracia». Ahora el Vaticano proclama su oposición al totalitarismo. Hitler y Mussolini no existen ya y es preciso entenderse con los «democráticos» conquistadores de Europa. Esto no impide al Vaticano mantener al mismo tiempo íntimas y cordiales relaciones con la España fascista y alabar a Franco como valeroso defensor del cristianismo. Pues para la Iglesia Católica no existe más que un criterio para determinar su política y elegir a sus aliados: la conservación del capitalismo y el respeto a sus propios bienes por cualquier gobierno.

La actividad «espiritual» de la Iglesia es sólo una máscara detrás de la cual lucha en favor de la burguesía a la que ha ligado íntimamente su suerte. Milita de lleno en la lucha de clases, empleando su autoridad entre sus adeptos para dividir a los trabajadores. Pone al obrero católico frente al obrero protestante y judío. Somete a sus fieles de la clase trabajadora al terror ideológico, planteándoles un conflicto entre su devoción a la Iglesia y los problemas vitales de su clase. Ejemplo en ese sentido lo encontramos en la resurrección que hizo durante las recientes elecciones de Francia e Italia, de la encíclica papal, *Quadragesimo Anno*, que contiene la siguiente advertencia: «No se puede ser al mismo tiempo buen católico y verdadero socialista.» Y otro ejemplo más elocuente aún

fué el discurso radiodifundido del Papa en la primera semana de Septiembre de 1944, cuando el capitalismo italiano parecía naufragar en la revolución socialista. Como intérprete del terror que se había apoderado de los gobernantes criminales de Europa y de sus aliados «democráticos», el Papa hizo un frenético llamado a los trabajadores para que respetaran el sistema capitalista de propiedad privada, urgiéndoles a no recurrir a la «subversión y violencia» para poner fin al caduco sistema social causante de todas sus miserias. Dijo que «... cualquier orden social y económico para ser legítimo debe descansar en la base indiscutible del derecho a la propiedad privada. La Iglesia lo ha reconocido siempre así... La conciencia cristiana no puede admitir como verdadero un orden que anula en la práctica o niega en principio el derecho natural a la propiedad de los bienes y medios de producción.»

He aquí pues cómo se invoca la autoridad de la Iglesia más poderosa del mundo para defender al capitalismo agonizante. Este sistema social putrefacto, a pesar de sus guerras sin nombre y de su miseria social crónica, recibe la sanción divina por intermedio de quien la representa. ¡Malditos sean quienes se mofan de la voluntad del Todopoderoso! ¡Están condenados para la eternidad!

La Iglesia católica, en su esfuerzo para dividir a los pueblos y desviar a sus fieles del camino revolucionario recurre a la propaganda envenenada del chauvinismo racista. El obrero americano conoce de sobra los ataques antisemitas del padre Coughlin. Sus obscenos estallidos no representan únicamente la aberración de un determinado clérigo. La fuente del antisemitismo está en el propio Vaticano. En 1936, el diario *Civiltà Cattolica*, que publican en Roma los jesuitas bajo la responsabilidad de un director nombrado por el Papa, insertó una serie de artículos sobre la cuestión judía. En uno de ellos puede leerse lo que sigue: «Dos hechos al parecer contradictorios se hallan juntos entre los judíos diseminados por el mundo: el control del dinero y la preponderancia en los movimientos socialistas y comunistas». (*Civiltà Cattolica*, Oct. 3, 1936).

La conclusión a que llega el jesuita es del todo semejante al desvarío antisemita de un Hitler o de un Goebbels. Y es que los judíos — no todos, pero sí muchos, «constituyen un serio y permanente peligro para la sociedad.»

En su frenético temor a la revolución, el Vaticano se ha visto últimamente obligado a desaprobado algunas tímidas me-

didias reformistas de la clase gobernante. En busca de algún paliativo para la intranquilidad social que, al mismo tiempo sirva para salvar la economía capitalista en bancarrota, la burguesía europea no pudo menos que recurrir a una nacionalización parcial de la industria. (Inglaterra, Francia, Bélgica, Austria, etc.). El Vaticano encuentra esto peligroso porque tiende a destruir la noción sacramentada de la propiedad privada. En Julio de 1946, el Papa atacó en público dicha nacionalización y alabó el tipo de organización económica que implantara Mussolini: el corporativismo. No hay duda, declaró, «que dentro de las circunstancias actuales, la forma corporativa en la vida social y, especialmente en la vida económica, favorecen de hecho la doctrina cristiana, en lo que se refiere al individuo en la comunidad, el trabajo y la propiedad privada.»

Como habrá notado el lector, el tema de la propiedad privada es el hilo que atraviesa todos los discursos políticos del Vaticano en los últimos tiempos. Su preocupación al respecto es casi una idea fija. Podríamos añadir muchos otros testimonios, pues apenas utilizamos una parte del material a nuestra disposición. Pero a través de los que ofrecimos, queda establecido a no caber duda, que la Iglesia católica romana se ha vuelto la fuente ideológica y el centro más importante de la reacción mundial. La bandera negra de la contrarrevolución ondea hoy sobre el Vaticano, que ha llegado a ser el símbolo y el centro de todas las fuerzas oscuras contrarias al nacimiento de una sociedad socialista. Cuando Trotsky describió al Vaticano como «el cuartel del oscurantismo y la reacción» anotó una simple verdad que se ha hecho más que nunca manifiesta en la nueva etapa de lucha por el progreso del hombre.



INDICE ALFABETICO DEL VOLUMEN X

(Números 37 - 42)

AMSTER, Mauricio / <i>Un amigo de Goethe</i> .....	40
Discos evocadores .....	117
ANDRADE, Juan / <i>Apuntes sobre el hambre del preso</i> .....	263
DÍEZ, Laín / <i>La generación del año veinte</i> .....	175
ESPINOZA, Enrique / <i>En las prisiones políticas de Chile</i> .....	45
Andean Quarterly .....	47
Un gaucho danés .....	78
Saludo a León Felipe .....	95
La tragedia de Walther Rathenau .....	128
El sentido social de Martín Fierro (I) .....	149
Nuevo hispanismo .....	191
El sentido social de Martín Fierro (II) .....	217
Responso austral .....	235
FARRELL, James T. / <i>El tema social en el realismo americano</i> .....	7
FELIPE, León / <i>Comunión</i> (poema) .....	49
FORSTER, E. M. / <i>Mi propio centenario</i> .....	241
FRANCO, Luis / <i>Construiremos la Nueva Babel</i> .....	113
Ayer y hoy .....	203
GONZÁLEZ VERA / <i>En el Club de Septiembre</i> .....	51
Aprendiz de barbero .....	104
Cuando era muchacho .....	158
Vuelapoco y otros .....	248
GUZMÁN, Euclides / <i>El nacimiento</i> .....	36
Justicia local .....	120
El experimento .....	210
HURTADO, Leopoldo / <i>Partida para las islas</i> .....	260
JACOBSEN, Jens Peter / <i>La señora Fonss</i> .....	81
LI-FU-JEN / <i>El Vaticano en la política mundial</i> .....	269
MARTÍNEZ ESTRADA, E. / <i>Sobre un fondo de factoría y de conquista</i> ..	193
MONDOLFO, Rodolfo / <i>La idea del progreso humano</i> .....	97
MONTENEGRO, Ernesto / <i>Algunos amigos menos</i> .....	64
ORIBE, Emilio / <i>La esfera del canto</i> .....	17
PÉREZ, León S. / <i>Mensaje a los jóvenes poetas</i> .....	257
QUIROGA, Horacio / <i>Paz</i> .....	74
RAMOS, José Antonio / <i>Una carta de</i> .....	237
RATHENAU, Walther / <i>Palabras Proféticas</i> .....	142
ROJAS, Manuel / <i>Hans Steffen y la lealtad</i> .....	24
La literatura y el hombre .....	67
Sacco y Vanzetti .....	206
SANÍN CANO, B. / <i>Rumbos del espíritu</i> .....	198
SERGE, Víctor / <i>El Viejo</i> .....	182
SEUME, J. G. / <i>Aforismos</i> .....	43
SPENDER, Stephen / <i>Poesía y Política</i> .....	145
STERN, Axel / <i>El existencialismo contra la existencia</i> .....	18
SOTO, Fausto / <i>El Retiro</i> .....	173
TROTSKY, León / <i>La familia Declerc</i> .....	186
VICUÑA, Carlos / <i>Mi amigo Miguel de Cervantes</i> .....	244
WILCOCK, J. R. / <i>Monólogo de Alejandro</i> .....	201

# EL LICENCIADO VIDRIERA

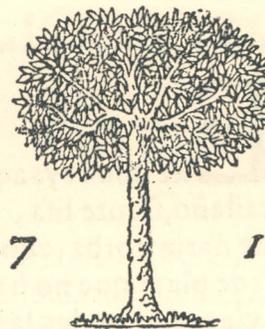
Nouela Exemplar

compuesta

Por Miguel de Cervantes

Edición facsimile

de la impresión primitiva, publicada  
con motivo del Cuarto Centenario  
del nacimiento  
de Cervantes



1547

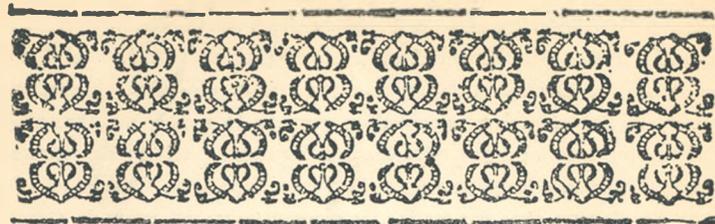
1947

En la Colección del Olivar

Babel



Miguel de Cervantes Saavedra  
1547 - 1616



*Miguel de Cervantes*

NOVELA  
del Licenciado Vi-  
driera

**E**ste que veys aqui de rostro aguileno, de cabello castaño, frente lisa, y desembaraçada, de alegres ojos, y de nariz corba, aunque bien proporcionada: las barbas de plata, que no ha veynte años que fueron de oro: los vigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino feys, y estos mal acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los vnos con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño: la color

*del prólogo*

**D**ASSEANDOSE Dos Caualleros esrudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas debaxo de vn arbol durmiendo a vn muchacho de hasta edad de onze años, vestido como labrador, mandaron avn criado, que le despertasse: despertò, y preguntaronle de adonde era, y que hazia dur-

*Primera página del texto*

Los tres grabados de las páginas precedentes son otras tantas reproducciones de la edición facsímil de *El Licenciado Vidriera* con que BABEL se asocia al homenaje universal que, con motivo de cumplirse el Cuarto Centenario del nacimiento de Cervantes, se celebra este año. Consta esta edición de 230 ejemplares numerados, formato 16 x 24,5 cm., impresos en 4.º e impresos en papel *Shadowmould Narcissus*. Hízose la reproducción de la edición príncipe de Juan de la Cuesta, impresa en Madrid, en 1613. Se ha elegido esta obra por ser la más representativa del genio de Cervantes, dentro de su brevedad. El ilustre hispanista James Fitzmaurice Kelly dice de ella: «Como ideal descripción de manía, *El Licenciado Vidriera* no se queda atrás de Don Quijote». Y algunos críticos sostienen que *El Licenciado Vidriera* es el primer borrador del Ingenioso Hidalgo.

El precio de cada ejemplar es de \$ 300.— Los suscriptores de BABEL gozarán de un descuento del 10%. Pedidos a la Revista Babel, Alameda Bernardo O'Higgins 2555, Santiago de Chile. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

Otras publicaciones de Babel  
en la Colección del Olívar:

## C O P L A S

de JORGE MANRIQUE

Edición copiada a mano. 150 ejemplares numerados,  
impresos en papel «Shadowmould Narcissus»  
\$ 300.—

## PROVERBIOS MORALES

de SEM TOB

Edición copiada a mano. 120 ejemplares numerados,  
impresos en papel «Shadowmould Laurel»  
(en prensa)

EDICIONES BABEL, ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS 2555,  
SANTIAGO DE CHILE

# B a b e l

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES:

## N.º 18.—HOMENAJE A W. H. HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA / *La reconquista de Hudson*.— LUIS FRANCO / *Hudson en la Pampa*.— MANUEL ROJAS / *El animismo de Hudson*.— ERNESTO MONTENEGRO / *Hudson, novelista de la Naturaleza*.— HERNÁN GÓMEZ / *Por el rastro de Hudson*.— CIRO ALEGRÍA / *Una lección de Hudson*.— Páginas escogidas de Hudson.

## N.º 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK / *El judío en nuestro tiempo*.— B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE / *Sobre la cuestión judía*.— JEAN MALAQUAIS / *Marianka* (cuento).— GUSTAV REGLER / *Los niños del Ghetto* (versos).— JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *El renacimiento judío*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Mester de Judería*.

## N.º 28.—LA GENERACION DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA / *El año veinte*.— SANTIAGO LABARCA / *La generación del año 20*.— EUGENIO GONZÁLEZ / *Juventud veinteañera*.— DANIEL SCHWEITZER / *Juan Gandulfo*.— MANUEL ROJAS / *Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas*.— GONZÁLEZ VERA / *Estudiantes del año 20*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Colofón*.

## N.º 34.—HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL

En el décimo aniversario de su resistencia

ARTHUR KOESTLER / *La sedición*.— LUIS FRANCO / *Don Paquito*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Conciencia histórica*.— JUVENCIO VALLE / *Laurel a Pasionaria*.— MANUEL ROJAS / *Diez años*.— BERNARDO CLARIANA / *Oídllos cantar por la Casa de Campo*.— VINCENT SHEEAN / *El último voluntario*.— MAURICIO AMSTER / *La rama y el reloj*.

## N.º 36.—HOMENAJE A PEREZ ROSALES

GONZÁLEZ VERA / *Vicente Pérez Rosales*.— ERNESTO MONTENEGRO / *Los Recuerdos del Pasado*.— LUIS FRANCO / *San Martín y un testimonio chileno*.— ARMANDO LIRA / *Pérez Rosales, dibujante y pintor*.— LAIN DIEZ / *Pérez Rosales, minero*.— EUCLIDES GUZMÁN / *Cuando en Chile se prefabricaban casas*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Reconocimiento argentino*.

JORGE MANRIQUE

# COPLAS

POR LA MUERTE DEL  
MAESTRE DE SANTIAGO  
DON RODRIGO MANRIQUE,  
SU PADRE



BABEL

Aparecida a fines de Septiembre del presente año, esta edición quedó agotada a las cuatro semanas. Los ejemplares en rústica, numerados de 1 a 145, no podemos ofrecerlos ya. Sólo quedan disponibles cinco ejemplares especiales, con pastas en pergamino rotuladas a mano, numerados de I a V.

Se entregan en estuches de lujo al precio de

\$ 600.— cada uno.